

los trabajos que la soledad y pobreza extremada trae consigo. Porque de otra manera ¿cómo pudieran unos hombres, de carne y de sangre como nosotros, sufrir tantos años los ardores y frios del desierto, la mala casa, y mala cama, y pobre mesa, y aquellas espantosas abstinencias de las semanas enteras, si no fueran maravillosamente recreados y esforzados con este pasto suavísimo de la contemplación y posesión de Dios? Porque así como el sol, con ser un solo planeta, es mas parte para alumbrar el mundo que todas las estrellas juntas, con ser tantas; así solo Dios es mas parte para alegrar y beatificar un ánima, que la posesión de todos los bienes del mundo juntos. Mas el sabor deste suavísimo maná (que en sí contiene todos los sabores) dice Sant Juan (i) que no lo conoce sino quien lo ha probado; que es el que tiene (como dijimos) el paladar de su ánima purgado.

Y si me preguntáredes de qué humores ha de estar purgada una ánima para gustar deste maná celestial, digo que destes tres desordenados amores (que aquí habemos contado); porque purgado dellos, luego probará por experiencia (ayudado de la divina gracia) cuán suave cosa sea Dios. Y asimismo libre dellos nuestro espíritu, luego (cuanto es de parte de su naturaleza, que es substancia espiritual) volará á lo alto á gozar de aquel supremo y altísimo espíritu, que es el centro de su felicidad. Por do parece que la mortificación destes tres amores, que se alcanza por medio destas tres virtudes que dijimos, así como es fundamento de la vida perfecta, así lo es desta vida bienaventurada. Pues siendo esto así, ¿quién no ve que estas tres virtudes señaladamente habian de resplandecer en aquel Señor que venia á enseñarnos con su ejemplo el camino de la verdadera felicidad?

Concluyendo pues todo este discurso, digo que si el Salvador venia á enseñar por su ejemplo estas tres cosas susodichas; que es el camino para la inocencia, y para la vida perfecta y bienaventurada (que son las tres cosas mas excelentes que hay en esta vida), en ninguna manera convenia que viniese sino acompañado con estas virtudes susodichas, humildad, pobreza y aspereza de vida. Y no es maravilla que los hombres carnales no entiendan esta filosofía; pues, como dice el Apóstol (k), el hombre, que aun es animal, no alcanza las cosas que son del espíritu de Dios. En lo cual se ve cuán grande sea el error de los que esperan un Mesías que venga con grandes riquezas y grande aparato de guerra, como un Alejandro Magno, ó un Julio César, y con grandes capitanes para conquistar el mundo á fuego y á sangre. Pues ¿qué cosa mas ajena del Criador y amador de los hombres, que venir á hacer esta riza y carnicería en las criaturas que él crió? ¿Cuán grande mayor gloria suya y mas digna de su bondad es venir á santificar los hombres, y hacerlos bienaventurados, y librarlos de la tiranía del demonio, y del pecado, que á derramar la sangre dellos?

CAPITULO XX.

Del proceso de la sagrada Pasion de nuestro Salvador.

La Pasion del Salvador dice el Apóstol (a) que tuvieron los judíos por materia de escándalo, y de aquí tomaron ocasion para no recibir la fe de Cristo. Mas aquí mostraremos á los unos y á los otros que está tan lejos esto de contradecir á la fe deste misterio, que uno de

(i) Apoc. 2. (k) 1. Cor. 2. (a) 1. Cor. 1.

los gravísimos argumentos de nuestra fe es este. Lo cual verá claro quien no estuviere del todo ciego, si considerare el proceso desta sagrada Pasion: que es principio, y medio, y fin della.

Y comenzando por el principio della (que es, por el mismo día en que este Señor habia de ser entregado en manos de sus contrarios) consideremos para esto la turbación que padesce un malhechor, mayormente en caso de muerte, cuando le dan aviso que la justicia se aparea para venir á prenderle. ¿Qué temores, qué desmayos, qué sobresaltos, qué trasdores de muerte, qué mudanza de colores, qué temblar de miembros, qué desatiento en todo lo que hace, qué saltar de casa en casa, y de tejado en tejado para esconderse en algun desvan, ó en algun otro rincón! ¡Y qué priesa en huir, si espera por aquí escapar! Esto y mucho mas hacen todos los malhechores en este caso. Mas ¿qué hizo el Salvador en este tiempo? Este día se puso muy de propósito á lavar los piés de sus discípulos. Este día celebró la pascua del cordero, cenando con ellos (b). Este día nos instituyó el santísimo sacramento del altar, cuyas alabanzas no pueden dignamente predicar los ángeles. Este día se asentó muy de espacio á hacer un divinísimo sermón á sus discípulos (c), exhortándolos á la virtud de la caridad, y consolándolos por la pena de su partida, y esforzándolos para los trabajos que les quedaban por pasar. Pues si el Salvador fuera el que sus enemigos decian, sabiendo él lo que en aquella noche le estaba aparejado, y que Júdas era ya ido á guiar la gente de armas que le habia de prender, ¿cómo no huía, pues tenia tiempo? ¿cómo no se escondía? ¿cómo se iba al lugar conocido, donde Júdas lo habia de hallar? ¿cómo finalmente gastó todo este día con tanta serenidad de rostro, haciendo todos estos oficios que habemos referido? ¿Quién no ve aquí que voluntariamente queria padecer quien así esperaba á los enemigos? ¿Quién no ve que no era malhechor el que ninguna cosa hizo aquí de las que los malhechores en tal tiempo suelen hacer, y que era mas que hombre el que voluntariamente escogió lo que toda la naturaleza aborresce, que es la muerte?

Juntemos con este principio el denunciar á sus discípulos cómo todos ellos en aquella noche se habian de escandalizar (d). Y á Sant Pedro que se mostró mas constante que sus compañeros, denuncia que lo habia de negar, y las veces que lo habia de negar, y el tiempo de la negación, que habia de ser antes que el gallo dos veces cantase. Pues quien esto denunciaba antes que fuese, y con estas dos circunstancias tan señaladas, ¿no se ve claro que era mas que hombre? Porque á solo Dios pertenesce saber las cosas que están por venir, mayormente las que penden de libre albedrío y voluntad del hombre. Y desta negación hacen mención todos los cuatro evangelistas (e), como de cosa que claramente daba testimonio de la divinidad del Salvador.

Pues si despues deste principio tan glorioso miramos el medio (que es el discurso de su sagrada Pasion), hallaremos otra cosa no menos admirable: que es, de la manera que el Salvador se hubo ante los dos tribunales y jueces, que fueron Heródes y Pilato, ante los cuales fué presentado. Porque ¿qué cosa mas admirable que ver la mesura y silencio que guardó ante estos jueces? ¿Qué silencio ante Heródes (f), que tanto deseaba oírle,

(b) Joann. 13. (c) Joann. 13. etc. (d) Matth. 26. (e) Matth. 26. Marc. 14. Luc. 22. Joann. 18. (f) Luc. 23.

y verle hacer algun milagro! ¡Qué silencio ante Pilato (g), que bastó para poner en espanto al mismo juez! ¿Cuán grande se vio hombre inocente y falsamente acusado, que no diese voces, que no pidiese plazo para probar su inocencia, que no tachase los testigos, que no probase con mil juramentos su inocencia? Pues esto tambien como lo pasado manifiestamente nos declara que voluntariamente padescia quien ninguna cosa hizo ni dijo de las que suelen decir y hacer los que no quieren padecer. Por este tan nuevo silencio (dice Tertuliano) pudiéredes entender los fariseos, quien era este Señor, pues tal moderación y silencio entre tanta muchedumbre de testigos falsos, y en causa de muerte, ni jamas se vió, ni la naturaleza y condición de las cosas humanas tal consiente.

Donde es mucho de notar que cuando el profeta Esaiás recuenta los dolores é injurias de la Pasion del Salvador (h), por las cuales no fué conocido, no sin mucha consideración dijo que estaba su rostro casi escondido y despreciado. Porque en decir casi escondido, dió á entender que no estaba del todo escondido, pues quedaban estos postigos abiertos para que se viese que este Señor que padescia, era mas que hombre.

Pero vengamos al fin desta batalla. ¿Qué mayor argumento de la gloria y divinidad del Señor que padescia, que al tiempo de estar penando en la Cruz, temblar la tierra, partirse las piedras, abrirse los sepulcros, rasgarse el velo del templo (i), y (lo que mas es) vestirse el mundo de luto, escurecerse el sol, y la luna, y todas las estrellas? Las cuales, escurecido y eclipsado el sol, de quien reciben su claridad, forzadamente se habian de escurecer. Pues ¿qué maravilla es esta? ¿Qué novedad tan extraña? ¿Qué altibajos son estos, Salvador nuestro, estar por una parte desnudo y crucificado entre ladrones, y por otra vestirse de luto por vuestra Pasion todas las criaturas? Pues esto era razon que así fuese, para que la mayor de las ignominias de Cristo fuese glorificada con la mayor de las maravillas del mundo; y para que no se escandalizasen los hombres con la ignominia de la Cruz, vista la gloria deste sentimiento del mundo. Por lo cual sea glorificado el autor de nuestra salud, que con esto nos dió tan grande testimonio de su divinidad; porque está claro que era Señor de cielos y tierra, pues todas las criaturas destes dos lugares así lo honraron y glorificaron. Porque el milagro deste eclipse es tan grande, y tan cierto y probado, que aunque no hubiera otros milagros, ni profecías, ni todo lo demas que en este libro está escrito, solo este basta para convencer todos los entendimientos, mucho mas que todas las demostraciones matemáticas que están escritas. Porque haber entrevenido aquí este eclipse (de mas de hallarse esto referido por autores gentiles, enemigos nuestros) está claro que si esto así no pasara, no lo osaran fingir los evangelistas; porque como ellos testifican haber sido este eclipse universal sobre toda la tierra; si así no fuera, tuvieran contra sí por testigos á todos los hombres del mundo, los cuales los desmintieran y tuvieran no solo por engañadores y burladores, sino tambien por mas que locos, pues se atrevian á escribir una falsedad que tantos testigos contra sí tenia. Así que, de la verdad desta obra no se puede dudar. Pues haber sido ella una de las mayores maravillas del mundo, parece claro por haber en este eclipse con-

(g) Matth. 27. (h) Esai. 53. (i) Matth. 27.

currido tres grandísimos milagros. El uno es estar la luna en la parte contraria del sol; el otro es ser este eclipse universal en todo el mundo (lo cual naturalmente es imposible), el otro es haber durado tres horas, que tambien es imposible. Las razones desto explicamos en el tratado segundo, en el capítulo que trata de los milagros.

Pues cuán grande confirmación de nuestra fe sea solo este eclipse, vese claro; porque si el resplandor desacostumbrado de una estrella bastó para atraer aquellos santos magos de Oriente hasta Hierusalem (k), y adorar postrados por tierra á un niño tan pobre, y nacido en un tan vil y despreciado lugar; ¿cuánta mayor cosa es escurecerse el sol, y la luna, y todas las estrellas cuando el Salvador padescia, que el resplandor de una nueva estrella cuando nascia? Porque por este indicio el buen ladrón conoció y confesó á Cristo por Rey del cielo, aunque lo vió entre ladrones crucificado; y quien esto bien considerare, muy mas certificado quedará en fe deste misterio, que si con una demostración matemática lo viese confirmado. Sea pues otra y otras muchas veces bendito el que con las tinieblas deste eclipse alumbró nuestros entendimientos, y esclarece y confirma nuestra fe y todos los artículos della, pues todos ellos nos enseñó este Señor cuya divinidad y gloria testifican todas las criaturas. Y la eficacia deste milagro se vió en el mismo tiempo que el Salvador padescia: ca todos los que presentes allí se hallaron, viendo este tan extraño espectáculo, y vista esta alteración de las criaturas, herian sus pechos y se convertían á Dios (l); en lo cual se cumplió lo que el Salvador habia profetizado, diciendo (m): Cuando levantáredes en una Cruz al hijo de la Virgen, entonces conoceréis quien yo soy.

Queda pues con este discurso probado cómo esta sagrada Pasion, no solo no es argumento contra nuestra fe, mas antes bien mirado es una de las mayores confirmaciones y testimonios della. Y si con esto juntáremos la reformation de costumbres y mudanza de vida que despues deste misterio se siguió en el mundo (de que se trata en el capítulo xiv deste segundo tratado), quedarán mas admirados y confirmados en la fe desta verdad.

CAPITULO XXI.

De la grande gloria que está encubierta debajo de la ignominia de la sagrada Pasion.

Quédanos agora para mayor cumplimiento de la doctrina deste misterio, satisfacer á los ojos de carne que juzgan por cosa indigna de aquella soberana Majestad subjectarse á la ignominia de la Pasion. No es cosa dificultosa responder á esta objeción, presuponiendo lo que todo el mundo sabe: que la cualidad de la muerte no se juzga por la pena, sino por la causa. Porque como ninguna cosa hay mas ignominiosa que padecer por algun delito, porque esto es doblada mengua y miseria, así ninguna hay mas gloriosa que padecer por justa causa, como es por la fe, por la castidad, por la justicia, por la patria y por el bien comun. Porque en este caso cuanto la pasión fuere mas cruel y mas amenguada, tanto es mayor la gloria de los que padecen por esta causa. Pues para conocer la causa por que el Salvador padesció, no es menester mas que poner los ojos en estos singulares frutos que se siguieron de su Pasion, que

(k) Matth. 2. (l) Luc. 23. (m) Joann. 8.

aquí habemos referido, y en la maravillosa mudanza que el mundo hizo despues della, y en la infinidad de mártires que con sus muertes glorificaron á Dios, y luego veremos cuán gloriosa y divina cosa haya sido padecer por tales causas.

Y el que quisiere entender la fuerza desta consideracion, debe hacer estas tres cosas. Primeramente acuérdese de los grandes motivos que nos da la sagrada Pasion para todo género de virtud y sanctidad, como arriba queda declarado. Lo segundo considere la hermosura de una ánima sanctificada y puesta en gracia de Dios, la cual es tan grande, que escurece con su resplandor toda la claridad y hermosura de las estrellas. Y para mejor entender esto, ponga ante los ojos la sanctidad y pureza de los santos á que él tuviere mas devocion, así de los pasados, como de algunos presentes, que él habrá conocido. Y esto hecho, cuente despues el número de las ánimas de todos los escogidos que desta manera fueron sanctificados y hermoeados, dende el principio del mundo hasta el fin, y especialmente los justos que florecieron dende que Dios bajó al monte Sinaí á dar la ley escrita, hasta la venida del Salvador, que nos dió la ley de gracia, y los que ha habido hasta el tiempo presente (donde entra el número cuasi innumerable de los mártires y de todos los otros justos hasta el tiempo presente), y los que sucederán hasta que el mundo se acabe, que son todos los siglos y mundos pasados, y presentes, y venideros. Pues cuán grande y cuán glorioso sea este número de los escogidos, solo aquel Señor lo sabe que cuenta las estrellas del cielo, y llama á cada una por su nombre. Pues (resumiendo lo dicho), como sea verdad que la Pasion de Cristo fué el principal medio por el cual todos estos santos fueron sanctificados, ¿qué cosa se puede afirmar mas digna de aquella infinita bondad, que haber ordenado una cosa de que tantos y tan admirables frutos se han seguido en el mundo? Y si es mayor la hermosura de una ánima que la del sol y de la luna, ¿qué tal parecerá aquella soberana ciudad de la gloria, hermoeadada con tantos soles y tantas lunas?

Pues volviendo al propósito, siendo esta la causa y el fruto de la sagrada Pasion, síguese que cuanto ella fué mas dolorosa y mas ignominiosa, tanto es mas gloriosa; porque no miramos á la bajeza de lo que el Salvador padeció, sino al fruto inestimable que desto se siguió. Y considerando esto, luego nos parecerá ser esta Pasion una obra mas digna de aquella infinita bondad, que cuantas hasta agora ha hecho y hará jamas.

Nadie niega ser la creacion del cielo y de la tierra, del sol, y de la luna, y de las estrellas, obra muy gloriosa y muy digna de Dios; pero quien tuviere sentido de Dios, verá claramente ser la Pasion del Salvador muy mas gloriosa, y mas digna de quien él es. Porque aquella obra es mas digna de Dios, que mas declara su bondad, y mas fruto y provecho trae al mundo. Y vemos que habiendo Dios criado esos cielos tan hermosos, y esas estrellas tan resplandecientes, para que por la hermosura y beneficios dellas los hombres lo reconociesen y adorasen por su verdadero Dios y Señor; ellos cumplieron esto tan mal, que de la misma hermosura de las criaturas tomaron ocasion para adorallas, dejando al verdadero Dios que las crió por ellas. Mas despues que él vino al mundo, y padeció en una Cruz, vemos la sanctidad y religion que en el mundo se siguió (que es la que acabamos de declarar), por la cual los hombres,

dejados y hollados aquellos falsos dioses, abrazaron la fe y conocimiento del verdadero Dios con tanta firmeza, que ántes quisieron padecer mil muertes que apartarse della. Por lo cual se ve cuánto esta obra es mas excelente y mas digna de aquella summa bondad, amadora de los hombres, que aquella de que tan poco fruto se siguió, aunque esto no fué por parte de la obra, sino de la malicia humana.

Con ser esto así, todavía se espantan los hombres de ver á Dios preso, escupido y de tantas maneras maltratado. Así es razon que se espanten, y queden como alienados y fuera de sí considerando esta tan incomprehensible bondad.

§. I.

De cómo da Dios á conocer por este misterio las perfecciones que pertenescen á su bondad.

Para entender este misterio de raiz, habemos de presuponer que así como Dios nuestro Señor es primer principio de todas las cosas, así él mismo es el último fin dellas. De modo que él las hizo, y para sí las hizo, que es para manifestacion de sus perfecciones y de su gloria. Estas perfecciones suyas, con ser infinitas, podemos reducir á dos órdenes. Porque unas pertenescen á la grandeza de su Majestad, y otras á la de su bondad. Mas aquí es de notar que para la manifestacion destas dos órdenes de perfecciones ha Dios criado dos mundos, uno natural, que es este que vemos poblado de tantas cosas, y otro sobrenatural, que es la Iglesia católica, adornada con los sacramentos, y con las sagradas Escrituras, y ejemplos de Cristo y de sus santos, y con la presencia del Espíritu Santo.

Es pues agora de saber que para manifestacion de las perfecciones que competen á la Majestad, crió este mundo natural; en el cual nos manifestó la grandeza de su sabiduría, cuando con tanta orden y concierto lo trazó; y la de su omnipotencia, pues de nada lo crió; y la de su divina Providencia, la cual tan perfectamente proveyó á sus criaturas de todo lo necesario para su conservacion. Por medio pues deste mundo natural manifestó él estas tres tan grandes perfecciones suyas, que son aquellos tres dedos, de los cuales, como Esaías dice (a), tiene colgada la redondez de la tierra; porque con estas tres perfecciones suyas la crió, y la gobierna y sustenta.

Mas para declarar las perfecciones que pertenescen á su bondad, crió el mundo sobrenatural de la Iglesia, que dijimos. En el cual mediante las obras de gracia, y señaladamente de la mayor dellas, que fué la obra de la Encarnacion y Pasion, nos declaró la grandeza de otras tres singulares perfecciones suyas, que son la bondad, la caridad y la misericordia. Donde es cosa dignísima de consideracion ver por cuán diferentes medios declara nuestro Señor estas perfecciones. Porque aquellas tres primeras declara él con obras altísimas, como es la creacion desos tan grandes cielos, del sol, de la luna, y de las estrellas, y de la mar, y de la tierra, y con la fábrica de los cuerpos de todos los animales, los cuales están hechos con tanta perfeccion, que en todos ellos (con ser cuasi infinitos), no hay cosa que sobre ni que falte, como arriba dijimos. Pues con estas y otras semejantes grandezas declara Dios la excelencia de aquellas tres grandes perfecciones suyas que dijimos.

Mas las obras que pertenescen á la bondad, no se declaran

(a) Esaí. 40.

claran con grandezas, sino (si decir se puede), con bajezas, que es con obras de extremada humildad. Porque ¿qué mayor humildad que nacer en un establo, que tener por cama un pesebre, que ser circuncidado como malhechor, que á huir á Egipto como flaco, y al fin de la vida ser preso, maniatado, escupido, abofeteado, azotado, y finalmente despojado de sus vestiduras, y crucificado entre ladrones? ¿Hay mayores bajezas al juicio humano que estas? Pero cuanto las bajezas fueron mayores, si miramos el fin por que el Salvador así se humilló, tanto fué la gloria de su bondad mayor. Porque como desta sagrada Pasion se siguieron aquellos tan grandes frutos y ayudas para nuestra sanctificacion y redempcion (de que arriba tratamos), síguese que tales eran todas estas bajezas, cual el fin á que se ordenaban, que era todo nuestro bien. Porque como la gloria de que nuestro Señor Dios mas se precia sea la bondad, y entre los grados desta bondad el mayor sea, como ya dijimos, padecer grandes trabajos y deshonras por hacer á otros buenos y santos, claro está que cuanto la deshonra de la Pasion fué mayor, tanto la gloria de la bondad fué mayor. Y por consiguiente cuanto mas por nuestra causa se humilló y padeció, tanto mayores motivos de amor y agradecimiento nos dió. Por lo cual dijo muy bien Sant Bernardo (b): Cuanto mas bajo se mostró en la humanidad, tanto mayor se mostró en la bondad, y cuanto por mí descendió á mayor bajeza, tanto se me hizo mas amable. Menosprecialo Heródes; mas yo tanto mas le preciaré, cuanto él quiso ser mas despreciado por mí.

Por lo dicho pues nos consta cómo las grandezas de nuestro Señor Dios, que pertenescen á la bondad, se nos declaran por estas bajezas, así como las otras se conocen por sus grandezas. Y con esto se responde á los que tienen por cosa ignominiosa abajarse Dios á padecer estas cosas; pues por lo dicho nos consta ser esta la mas gloriosa de todas sus obras. Porque en las otras nos descubre la grandeza de su sabiduría, y omnipotencia, y providencia; mas en esta se declara la grandeza de su bondad, de que él mas se precia, y junto con ella la caridad y misericordia; á la una de las cuales pertenece comunicarnos este Señor sus bienes, y á la otra compadecerse y remediar nuestros males. En lo cual se ve claro cómo las cosas que á los ojos de carne (que no ven mas de lo que por defuera parece) se juzgan por bajezas, á los del espíritu y de la fe son de inestimable grandeza.

§. II.

Conviene unas y otras perfecciones en el espanto que causan en quien las considera.

Mas aquí es mucho de notar que aunque los medios por donde se declaran estas dos órdenes de las perfecciones divinas, sean tan diferentes, como está dicho; pero son semejantes en la admiracion y espanto que causan en los que profundamente las consideran; pues así las unas como las otras son tales, que agotan y dejan suspensos los entendimientos de los que las saben mirar. Y dejadas aparte las otras obras divinas, pongamos los ojos en solas dos, que son la creacion del mundo, y la resurreccion general de los cuerpos. Y para declarar la dificultad desta segunda obra, entre otros muchos ejemplos, no quiero traer mas que uno, que es la resurreccion de todos los cuerpos humanos que pere-

(b) Serm. 1. de Epiph.

cieron en el Diluvio, de los cuales unos fueron comidos de peces, y se convirtieron en la substancia dellos, y otros se resolvieron y mudaron en otras cosas. Pues siendo tan grande la muchedumbre destes cuerpos (que fué todo el linaje humano, que entónces fué anegado), sabe Dios dónde está la substancia de todos estos cuerpos, y della resucitará el mismo cuerpo que fué, y no otro por él. Y lo que sobrepuja toda admiracion, es decirnos el Salvador que ni un solo cabello de la cabeza faltará (c), sino que todos ellos uno por uno han de resuscitar. Y lo que digo destes cuerpos, digo también de la lengua blasfema del capitan Nicanor, que Judas Macabeo mandó hacer pedacicos, y echar á las aves (d), la cual despues de comida y convertida en la substancia dellas, ha tambien de resuscitar, y no otra por ella; para que la misma lengua que blasfemó pague la culpa de su blasfemia. Y lo que se entiende desta lengua, se entiende tambien de todos los otros cuerpos que son, fueron y serán. Pues ¿qué hombre habrá que considerando estos ejemplos, y otros semejantes de hombres comidos de aves, de animales y de otros hombres, y convertidos en la substancia dellos, no quede espantado, considerando la grandeza de la sabiduría y omnipotencia de quien sabe y puede hacer una tan extraña mudanza?

Pues aun mayor que esta es la obra de la creacion; porque en la resurreccion hay algo de que se forme el cuerpo resuscitado, mas en la creacion no lo hay; porque de nada crió Dios todo este mundo con todo lo que en él hay, y lo que mas nos admira, es ver que con solo querer, sin otra alguna cosa, fueron todas las cosas criadas. Y añado mas, que con solo este querer criaria agora Dios otros mil mundos en un solo punto, si quisiese, tan grandes y mayores que este que vemos. Pues segun esto, ¿cuál podremos imaginar que será aquel sér donde se halla tan gran poder, que con solo querer hace cosas tan grandes, y todas ellas tan perfectas? ¿Qué entendimiento habrá que considerando esto con especial atencion, no quede como alienado y fuera de sí? Pues si estas, que son obra de la sabiduría y omnipotencia de Dios, causan este espanto en quien así las considera, muy quejosa (si decir se puede) quedaria la bondad divina, que es, como dijimos, la cosa de que Dios mas se precia, y por lo cual quiere ser mas conocido y alabado, si no hiciese tales obras de bondad; que dejasen tambien los hombres tan suspensos y atónitos, como cuando consideran estas obras susodichas de su sabiduría y omnipotencia. Pues así como estas arrebatan y suspenden todos los entendimientos en una admiracion de tan gran poder y saber; así es razon que obren este mismo espanto las obras que él hiciere para declarar la grandeza de su bondad.

§. III.

Respóndese á una objecion.

Dirá alguno: para esto crió los cielos y la tierra, y todo cuanto hay en ellos, y eso declara la grandeza de su bondad, porque por ella lo crió todo. Y si esto es poco, por esa misma bondad crió los querubines y serafines, con todos los otros espíritus soberanos, y por sola su bondad y magnificencia los dotó de inestimables dones y gracias. A esto respondo que todas esas magnificencias no costaron al Criador mas que solo querer, ni trabajó mas en la fábrica destas cosas tan grandes, que en

(c) Luc. 21. (d) 2. Mach. 15.

la de las muy pequeñas. Lo cual testifica Sant Augustin hablando con Dios, por estas palabras (e): Tu poderosa mano, Señor, siendo siempre la misma que es, en el cielo crió los ángeles, y en la tierra los gusanillos; no siendo mayor en aquellos, ni menor en estos. Porque como ninguna otra mano pudo criar el ángel, así ninguna otra el gusanillo; y como ninguna otra pudo criar el cielo, así ninguna otra la hoja de un árbol. Mas á tu poderosa mano igualmente son todas las cosas posibles; porque no es mas fácil para tí criar un gusano, que un ángel; ni extender el cielo, que la hoja de un árbol; ni fundar la tierra sobre el agua, que el agua sobre la tierra; mas todas las cosas que quisiste, heciste en el cielo, en la tierra, en la mar y en todos los abismos (f). Hasta aquí Sant Augustin. Pues estas obras tan excelentes de nuestro Dios, mas nos declaran la grandeza de su poder y saber que de su bondad; ni causan en nosotros la admiración y espanto que las susodichas. Porque como es natural cosa á la piedra correr á lo bajo, y al fuego subir á lo alto; así (y mucho mas) es natural cosa á la divina bondad hacer bien, y ser comunicativa de sus riquezas á todo lo que crió. Y como es cosa natural al sol estar siempre echando de sí rayos de luz, así lo es á aquella summa bondad estar siempre infundiendo los rayos de sus beneficios y favores en todas sus criaturas. Así que estas obras de la magnificencia y largueza divina no espantan mas, que ver al sol alumbrar, ó al fuego quemar. Mayormente que estas obras no costaron mas al Hacedor, de lo que costaría á un hombre, que estuviese par de un caudaloso rio, dar un jarro de agua á quien se lo pidiese. Pues aun ménos que esto costó al Criador toda la fábrica deste mundo, y todos los dones que repartió por sus criaturas. Y si algun hombre pudiese hacer grandes bienes á una república sin poner nada de su casa, y no los hiciese, tendríamosle por envidioso y inhumano. Y si los hiciese sin perder por eso nada, no le tendríamos por muy liberal, pues dió lo que nada le costó. Verdad es que esto no cabe en aquella altísima substancia, que á nadie está obligada. Mas esta obra de su bondad no nos pone el espanto que las otras obras de su omnipotencia y sabiduría que están dichas, ni nos descubre tanto de su bondad como las otras de su gran saber y poder.

De lo cual no es pequeño indicio, que muchos filósofos que gastaron la vida en rastrear el conocimiento de Dios por medio de sus obras, conocieron por ellas tan poco de la grandeza desta bondad, que le negaron la providencia de las cosas humanas, y con ella la misericordia y la justicia, que son obras de esa bondad (g). Y quitándole estas tres virtudes, hacían que ni tuviese cuidado de nuestras miserias, ni cuenta con los buenos para galardonarlos, ni con los malos para castigarlos. ¿Pues qué bondad fuera aquella á la cual faltaban estas virtudes?

Entendia muy bien esto el sancto rey David, y por eso hacia oracion á Dios, diciendo (h): Mostradnos, Señor, vuestra misericordia, y enviadnos vuestra salud. Como si dijera: habeisnos, Señor, mostrado en las admirables obras de la creacion del mundo un tan gran poder y saber vuestro, que cuando nos ponemos á tantearlo, quedamos atónitos y espantados de vuestra grandeza; pues

(e) In Solil. animæ ad Deum, cap. 9. Append. tom. 9.
(f) Psalm. 134. (g) Taxantur apud Augustin. in lib. 85 questionum. q. 82. tom. 4. et Enarrat. in Psalm. 62. tom. 8. (h) Psalm. 84.

descubridnos agora una tan grande muestra de vuestra bondad y misericordia, que no ménos quedemos atónitos con la vista della que con las otras.

Pues siendo esta peticion tan justa, y siendo razon que el Criador diese tal muestra de su bondad y misericordia, cual habia dado de las otras perfecciones suyas, ¿qué obra podia haber mas proporcionada para este fin que la de nuestra redempcion? Porque pudiendo él remediar al hombre caido por otras muchas maneras sin que le costara nada, escogió esta de su sacratísima Encarnacion y Pasion, que á él era tan costosa, por razon de los inestimables fructos que de aquí se seguian para la santificación y remedio de nuestras ánimas. Y esto es lo que el Apóstol nos declaró cuando dijo (i): Apareció en el mundo la benignidad y blandura de Dios nuestro Salvador; no por las obras de justicia que hecimos nosotros, sino por su gran misericordia, por la cual nos quiso hacer salvos. Las cuales palabras pondera Sant Bernardo, diciendo (k) que la omnipotencia de Dios se habia descubierto en la creacion de las cosas, y la sabiduría en la gobernacion dellas; mas la gloria de la bondad y benignidad se descubrió en esta obra de la redempcion. Pues esta es la que espanta y suspende los ánimos en mayor admiracion que las otras obras de su poder, si consideramos hasta dónde llegó esta bondad por nuestro remedio. Porque aquel gran Dios que crió todas las cosas, el Señor de los ángeles, el que formó el sol, y la luna, y las estrellas, el que mueve los cielos, el que ordena los tiempos, y reparte las aguas, y mantiene todas las criaturas; aquel á quien adoran los espíritus soberanos, y de cuya mano está colgada la redondez de la tierra (l): este Dios inmenso, infinito, incomprehensible é inefable, de quien tantas grandezas y maravillas están escritas, quiso ser preso, escarnecido, escupido, azotado, abofeteado, coronado de espinas y tenido en ménos que Barrabas. Y él mismo quiso ser sentenciado por el inicuo juez á muerte, y muerte de cruz, y llevar él sobre sus hombros cansados el peso de la Cruz, que se los desollaba, y que le diesen por refrigerio á beber (¡crueldad nunca vista!) vino mezclado con hiel; y despues despojado de sus vestiduras, enclavado y levantado en una Cruz á vista de todo el mundo, y de los ojos de su madre Sanctísima, que oyó los golpes de los martillos, y vió los arroyos de aquella divina sangre que junto á sus piés corrian; y en esa Cruz mofado y escarnecido de los fariseos y sacerdotes que le procuraron la muerte; y haber tomado para todo esto otra naturaleza en que pudiese padecer, quien en la suya no podia. Por lo cual dijo el Profeta (m) que la obra que este Señor habia de hacer, era peregrina y ajena de su naturaleza, aunque no de su bondad y misericordia.

§. IV.

Admiracion y espanto que causan las obras desta inefable bondad.

Pues ¿qué diré de la humildad de su nacimiento? Edificó Salomon un templo á Dios, el mas rico y mas hermoso y sumptuoso de cuantos se han hecho en el mundo y harán jamas. Y acabándolo de edificar, maravillado de que Dios aceptase aquel lugar para su morada, comenzó á decir (n): ¿Es cosa creible que quiera Dios morar acá en la tierra? Si el cielo y los cielos de los

(i) Tit. 5. (k) In Natal. Dom. serm. 1. (l) Esai. 40.
(m) Esai. 28. (n) 2. Par. 6.

cielos son pequeños, Señor, para tu morada, ¿cuánto mas pequeña será esta casa que yo te he edificado? Pues si desto se maravillaba tanto aquel Rey tan sabio; con cuánta mayor admiracion y espanto podremos nosotros decir: Es posible que ese gran Dios que hinche cielos y tierra, haya querido nacer en un establo! ¿Es posible que no tenga otra cama mas rica que un pesebre! Y si esto es poco, ¿es posible que Dios haya querido nacer en este mundo entre dos animales, y despues morir crucificado entre dos ladrones!

¿Pues hay cosa que se pueda pensar de mayor espanto y admiracion? ¡Dios nascido en un establo! Dios acostado en un pesebre! Dios mamando á los pechos de una mujer! Y si esto es poco, ¡Dios abofeteado! Dios azotado! ¡El espejo de hermosura, en quien desean mirar los ángeles, escupido y afeado! ¡Finalmente Dios entre dos ladrones, como príncipe dellos, crucificado! ¿Quién aquí no se espanta? ¿quién no tiembla? ¿quién no queda atónito y como fuera de sí con el espanto de tan grande bondad y misericordia? El sol en este tiempo escondió los rayos de su luz (o), el aire se escureció, la tierra tembló, las piedras se partieron, los sepulcros se abrieron, el velo del templo se rasgó (p), y los que presentes se hallaron herian sus pechos confesando su pecado. Pues si todas las cosas hacen tan grande sentimiento en este tiempo, y hasta los mismos cuerpos insensibles se maravillan de cosa tan extraña, ¿cuánto mas debe maravillarse el hombre por cuyo remedio aquella soberana Majestad se abatió á cosas tan humildes, y tan extrañas de su naturaleza? ¿Qué cosa ha habido en el mundo admirable, si esta no lo es? Ya no me maravillo (dice un doctor) de la hermosura del cielo, adornado con tantas lumbreras; ya no hago caso de la fertilidad y riquezas de la tierra; ya no pongo los ojos en la inmensidad y fecundidad de la mar, ni en la virtud y fuerza de los vientos que la levantan; ya no miro el resplandor del sol, ni la variedad constantísima de la luna, ni la hermosura de las estrellas, ni la orden y concierto de todas las obras de naturaleza, las cuales declaran el poder y sabiduría del que las crió. Porque así como las estrellas pierden su claridad en presencia del sol, así estas obras divinas, con ser muy esclarecidas, cuando se comparan con esta, pierden su resplandor.

Pues esta es la obra que no ménos deja atónitos los corazones de los que profundamente la consideran, que las obras de la omnipotencia y sabiduría divina. Esta es la que de tal manera arrebatava y suspendia los corazones de los sanctos, que muchas veces quedaban alienados y privados de los sentidos; por estar sus ánimas absortas y sumidas en el abismo desta tan grande bon-

(o) Matth. 27. (p) Luc. 23.

TRATADO CUARTO DESTE SUMMARIO.

EN EL CUAL, POR TESTIMONIO DE LOS PROFETAS, SE DECLARA QUE CRISTO NUESTRO SALVADOR ES EL VERDADERO MESIAS, PROMETIDO POR LA LEY.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo nuestro Señor determinó enviar su unigénito Hijo al mundo para nuestro remedio, y de las señales que nos dió para conocerle cuando viniere.

Es tan grande la bondad y misericordia de nuestro Señor, que acabando el primer hombre de traspasar su

dad. Esta es la que esforzaba los mártires en medio de sus tormentos, acordándose de lo que su Criador y Señor padeció por ellos. Esta es la que hacia á aquellos sanctos monjes que moraban en los desiertos, sufrir los frios, y ardor del sol, y la hambre, y desnudez, y el destierro de toda humana consolacion, y la cruz de la mortificación de su carne, considerando la aspereza con que este Señor trató la suya inocentísima. Esta la que da materia de consideracion, y devocion, y compuncion, y admiracion á las ánimas humildes y devotas. Esta la que puso tan grande admiracion á aquellos espíritus soberanos, que viendo á este Señor nascido y reclinado en un pesebre, espantados de tan grande bondad y misericordia, cantaron aquel dulce himno: *Gloria in excelsis Deo* (q), alabando y glorificando á Dios por ella. Esta es por la cual entre los nombres que Esaiás cuenta deste Señor, uno es, Admirable (r); para mostrar cuán maravilloso se haya mostrado el Salvador en esta obra, no solo á los hombres, sino tambien á los ángeles, y á todos los elementos y criaturas insensibles. Esta es la obra que enciende la caridad de los tibios, y confirma la esperanza de los flacos, y alivia los trabajos de los tristes, y confunde la altivez de los soberbios, y reprehende la cobdicia de los avarientos, y condena los deleites de los regalados; y esta finalmente es el cuchillo y condenacion de todos los vicios.

Pues respondiendo á la pregunta que propusimos, si estos fructos y efectos tan admirables se siguieron de la sagrada Pasion, ¿qué cosa se puede creer mas digna de aquella infinita bondad, que haber hecho una cosa de que tanta bondad se siguió en el mundo, y que tan grandes estímulos y ayudas nos da para hacernos buenos y sanctos? Cuando queremos aprobar una medicina, no miramos si es dulce ó amarga, sino los efectos que obra; y pues la Pasion de Cristo fué medicina de la comun dolencia del género humano, por este efecto que obró y obra en nuestras ánimas, habemos de estimar la excelencia della. Y así no tendríamos por cosa indigna de aquella soberana Majestad padecer lo que padeció, si miramos el fructo que de aquí se siguió.

Y volviendo al propósito principal de todo este tercer tratado, digo que en él queda suficientísimamente declarado lo que al principio propusimos; esto es, que entre todos los medios que la divina sabiduría podia escoger para remediar al hombre caido, este era el mas excelente y mas conveniente para gloria suya, y para el remedio de nuestra miseria; pues por aquí quedó él mas glorificado, y el hombre mas copiosamente redemido, si él se quisiere aprovechar del remedio que le está ya ganado.

(q) Luc. 2. (r) Esai. 9.

mandamiento por sugestion y malicia del demonio, que tomando figura de serpiente engañó á la mujer, para pervertir al hombre por ella (a), luego prometió remedio al hombre caido, y amenazó castigo á su pervertidor, diciéndole que él le quitaría aquella ufanía en que

(a) Genes. 3